

MAM / AJAW: TIEMPO LARGO, COYUNTURAS Y RESILIENCIA EN LAS SOCIEDADES MAYAS ACTUALES¹

Alain Breton

CNRS, Université de Paris Ouest Nanterre-La Défense

... Que vengan juntas, reunidas, las almas de nuestros abuelos (*mam*)
—son innumerables... son incontables—
almas huérfanas
almas de niños y de niñas
almas inválidas
almas ciegas
almas mudas
almas sordas
almas mayores
almas menores
almas caídas de los árboles
almas caídas en los barrancos
almas muertas en la cantina
almas ahogadas, llevadas por el santo río
almas muertas en la hacienda (*ajaw hasienta*)
almas muertas al servicio del Gobierno (*ajaw gobierno*)
almas muertas durante el servicio militar (*ajaw servisyo*)

¹ El corazón de este texto retoma partes de *El “complejo ajaw” y el “complejo mam”*, publicado en *Memorias del II Coloquio Internacional de Mayistas (17-22 agosto 1987, Campeche)*, vol. I (Centro de Estudios Mayas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1989), pp. 17-27.

Breton, Alain

2013 Mam/ajaw: tiempo largo, coyunturas y resiliencia en las sociedades mayas actuales. In *Millenary Maya Societies: Past Crises and Resilience*, edited by M.-Charlotte Arnauld and Alain Breton, pp. 304-312. Electronic document, published online at Mesoweb: www.mesoweb.com/publications/MMS/20_Breton.pdf.

almas muertas en la guerra (*ajaw guerra*)
almas estropeadas
almas muertas casualmente
almas muertas en el hospital
almas muertas en la cárcel (*dyos carsel*)
almas de los que fueron atados de las manos
almas de los que fueron ahorcados
almas a las que prendieron fuego
almas que fueron matadas con arma blanca
almas que fueron ultimadas por armas de fuego
almas tiradas en las “quebradas”

[...]

Todas almas que fueron sacadas de su hogar,
sacadas de su lecho.

Que tengan culpa
o no tengan culpa,
así fueron muertos,
fueron tirados sus cuerpos.

¡Ojalá no lloren sus almas!

¡Ojalá no griten [de soledad] sus almas!

Que vengan a juntarse [con nosotros] a gozar
a saborear

estas gracias santas bendiciones.

Haya quien los recuerde
o no haya quien los recuerde;
en este día,
en esta celebración,
que vengan a hincarse

a arrodillarse las almas de estos abuelos nuestros.

Que todos los que tuvieron sus días cortados,

sus nacimientos quebrados,

y que ya se encuentran dentro de la nube, dentro de la neblina (*sutz' mayul*),
que vengan pues a gozar sus almas
con las almas de todos nuestros abuelos...

Este fragmento de un discurso ritual, extractado de una versión que recogí en Rabinal apenas terminado el conflicto armado ilustra un nuevo capítulo de los “anales del sufrimiento” que tales textos van conformando.

Llamar, invitar, convocar reiteradamente a los muertos es una manera de «ancestralizarlos», o sea hacerlos entrar en la inmensa muchedumbre de los *mam*, los antepasados, los abuelos que, desde tiempos inmemoriales, han sufrido las crisis provocadas por los *ajaw*, las potencias que gobiernan el mundo.

Mi propósito aquí es tratar de mostrar cómo el sistema de creencias y la ética tradicional logran construir una continuidad en medio de una historia llena de rupturas. Y, correlativamente, cómo las crisis, las destrucciones y la muerte han logrado sustentar y reforzar un modelo ancestral y colectivo de resiliencia.

Los Rabinaleb dividen a la humanidad (*winaq*) en dos géneros, los hombres (*achi*) y las mujeres (*ixog*). Los términos *achi* e *ixog* sin embargo designan más específicamente a los adultos, o sea a toda persona potencialmente activa en el proceso de reproducción biológica y social del grupo, es decir al hombre y a la mujer casados.

El desarrollo del ciclo doméstico convierte al uno y a la otra en *-qaw* (padre)² y *-chu* (madre), llevándolos a asumir estos papeles y, con el tiempo, los de *-mam* (abuelo) y *-ati* (abuela). Como si ésta fuera la norma del ciclo de vida, estos términos de *-mam* y *-ati* (o sea los abuelos paternos y maternos sin distinción) se dan también según el criterio de la edad a todas las personas mayores, ancianos y ancianas, y, por extensión, a todas las personas difuntas.

De manera paralela, la carrera ritual dentro del sistema de cargos, relacionado con las 16 cofradías, sigue el mismo currículo. Para cada cofradía, el número de los cargos es de catorce: catorce cargos divididos en siete cargos masculinos y siete femeninos íntimamente asociados entre sí.

Los cargos masculinos comprenden cuatro cargos de bajo nivel, llamados *achi* (clasificados de séptimo a cuarto), y tres cargos de alto nivel, denominados *qajawxelab*. Los cargos femeninos correspondientes se dicen *ixog* (de séptima a cuarta) y los tres cargos del nivel superior *chuchuxelab*.

La entrada en la carrera ritual, como *achi uwuq* (séptimo hombre) e *ixog uwuq* (séptima mujer), sólo se permite a parejas casadas; por lo tanto, la aceptación de este doble cargo sólo puede proceder de una decisión conjunta de la pareja.

Los cuatro primeros niveles, de *wuq* a *ukaj* (de séptimo a cuarto), corresponden a períodos de servicio y de aprendizaje a través del contacto con los mayores: por eso los llaman “mayordomos” o más bien *aj chakib*, “trabajadores.” Durante estos períodos y a lo largo de los años, el individuo se va formando en las obligaciones ceremoniales (*chak patan*) así como en los discursos rituales (*tzij pixab*).

Los cargos superiores, sean de *qajawxelab* (“nuestros señores / padres / dueños”)³ o de *chuchuxelab* (“nuestras madres / señoras”), son aquellos que cumplen con las responsabilidades y toman las decisiones, de acuerdo con sus *tinientes* o consejeros rituales. Todas las personas que alcanzan tal nivel y ocupan estos cargos pertenecen definitivamente al grupo de los *rajawal u winaqil*, los “señores del pueblo.”⁴

Esta última categoría de *rajawal u winaqil*, o más sencillamente *rajawal*, tiene un contenido muy amplio que rebasa el cuadro restringido de las cofradías. En ella se encuentran no sólo los *qajawxelab* en servicio y pasados, sino, más allá de la muerte de estos actores rituales, todos los que han contribuido, que han trabajado para que perdure la costumbre. A éstos últimos, que permitieron que la tradición se perpetuara y que dejaron el recuerdo de sus nombres y apellidos, los llamaré “antepasados ilustres.”

Sin embargo, en esta categoría de *rajawal* encontramos tanto a los responsables y encargados de baile, a los santos, a las vírgenes, a los príncipes y reyes, como a los gobiernos y a sus altos mandatarios.

Pertenecen también a este grupo las máscaras de los bailes y una serie de divinidades malhechoras y peligrosas que residen en los volcanes que dominan la costa pacífica.

Así, bajo esa terminología de *qajawxel* y *rajawal*, se dibuja una supra-categoría de papeles, de estatus, de funciones, ligados con el poder. Estos vocablos derivan de la raíz *-ajaw* que cubre el campo de la autoridad religiosa, social, política; una autoridad que, de acuerdo a lo que hemos visto, es pensada como poseyendo varias caras; una autoridad cargada de ambigüedad que puede ser fuente de la buena suerte o del infortunio.

² Se dan aquí raíces lexicales. En la práctica, las entidades que nombran siempre están poseídas, y precedidas pues de una partícula posesiva: *nu-qaw*, mi padre; *qa-qaw*, nuestro padre; etc.

³ Formado por: *q-*, primera persona plural; *-ajaw*, “señor / dueño”; *-xel*, clasificador; *-ab*, marca del plural.



⁴ Formado por: *r-*, tercera persona; *-ajaw*, “señor / dueño”; *-al*, sufijo colectivo; *u*, artículo; *winaq*, “humanidad / pueblo / gente”; *-il*, sufijo colectivo.

Aunque la palabra *ajaw*, que se traduce por “señor, patrón, dueño,” no tiene parentesco lingüístico evidente con la palabra *qaw* (padre), podemos establecer entre ambas algunas equivalencias semánticas, unas implícitas —cuando en la responsabilidad de la cofradía se encuentran asociados *qajawxel* (“señor”) y *chuchuxel* (“madre”)—, otras explícitas.

Tal sucede con la exégesis indígena cuando presenta al *qajawxel* y a la *chuchuxel* como “padre y madre del personal de la cofradía” o cuando insiste en que los santos y vírgenes son “padres y madres de todos los hombres y mujeres.” Lo mismo ocurre con el discurso ritual cuando hace énfasis sobre la estrecha asociación de las nociones de “padre/madre” con la de “señor”: un ejemplo entre otros es el de Jesucristo a quien se le nombra *qa-qaw qa-nima r-ajaw-al*, “nuestro padre nuestro gran señor.”

Así pues, el término *ajaw* suele calificar un título, ligado a una función de (o a la función del) padre: la de guardián, de protector, de responsable, tal y como lo sugiere la forma verbal *ajaw-*, traducida por “proteger,” “cuidar.”

Propongo usar la expresión **complejo ajaw** para definir tanto estos distintos roles y estatus, sociales y rituales, detentores de la autoridad, como el conjunto identificado y específico de potencias sobrenaturales así clasificadas en el panteón de los Rabinaleb. Encontramos en efecto calificadas como *ajaw* a las siguientes entidades [las que forman parejas matrimoniales se encuentran colocadas en la misma línea]:

		
SANTOS	VIRGENES	} del panteón local y regional
SANTA CRUZ	ELENA DE LA CRUZ	
CORPUS CHRISTI ⁵	VIRGEN DEL SACRAMENTO	
JOSE	MARÍA	
JESUCRISTO		
DIOS		
CABILDO	IGLESIA	
CONVENTO REAL	SACRISTIA	
CIELO	TIERRA	
SOL		

Las relaciones que vinculan al hombre (*achi*) con las potencias del “complejo ajaw” obedecen al modelo de las relaciones entre padres e hijos dentro del núcleo familiar. Estos vínculos están fundados en una relación de autoridad / dependencia y se alimentan de un equilibrio permanente de don y contra-don, de dar y de recibir.

⁵ También llamado Divino Sacramento del Altar (o “Divino”). Con la Virgen del Sacramento, su esposa, forman la pareja *Achi Ajaw* e *Ixoq Ajaw* [ver más adelante].

Don de trabajo, de prueba y sufrimiento de parte de los hombres, es decir de los hijos (*al k'ajol*), a cambio de las dádivas de la «naturaleza» y de las potencias divinas. La salud, la armonía, las lluvias, las cosechas abundantes son otras tantas retribuciones, otros tantos consuelos, esto es *loq'oxik*, derivado de la raíz *loq'*— que significa a la vez “regalo” y “compra,” como si toda cosa poseída por los hombres hubiera sido otorgada por los *ajaw*, como si hubiera sido el resultado de un trueque.

Estas relaciones de intercambio entre *achi* y *ajaw* se mantienen sin embargo orientadas, jerarquizadas, y las desventuras que emanan de las potencias sobrenaturales resultan, las más de las veces, de las transgresiones o de las negligencias de los hombres; si no es que tales desgracias sean el hecho brutal y ciego de un capricho de autoridad, de un exceso de potencia, de un abuso de poder. Y nos encontramos aquí con la problemática bien conocida del «simbolismo de la subordinación».

* * *

En cambio, los vínculos que unen a los hombres (*achi*) con los antepasados (*mam*) son radicalmente diferentes. Siendo tan importantes el respeto y la estima, estos vínculos no se inscriben ya en una relación asimétrica y desigual, sino en una relación de identificación mutua y de total identidad; identidad contenida en la terminología del parentesco que revela un principio de generaciones alternas.

Según este principio, el vocablo *-mam* que nombra a los parientes masculinos directos de la segunda generación ascendente, es un término recíproco de trato y referencia entre abuelos y nietos.

Esta manifestación de reciprocidad se da también entre la apelación colectiva de los antepasados —*q-ati qa-mam*, “nuestras abuelas nuestros abuelos”— y el auto-designarse de los hombres en referencia a éstos —*oj k-i' oj ki-mam*, “nosotros, sus nietos”—.⁶

Así pues, esta categoría de *mam* reúne tanto a los antepasados familiares⁷ como al conjunto de los antepasados de la comunidad territorial y religiosa, entre los cuales figuran los primeros edificadores de la iglesia, los Patzka [que veremos más adelante], los antepasados ilustres y los anónimos.

Durante las ceremonias de casamiento, durante los ritos funerarios, y en cada celebración de una fiesta de cofradía, los discursos rituales pronunciados por los *tinientes* insisten en citar por sus nombres y apellidos propios a casi 400 personas —las que se volvieron ilustres por haber desempeñado altos cargos rituales (o sea *qajawxelab*).

Además, estos mismos discursos, o *parlamentos* de los *tinientes*, evocan a todos los demás muertos, ya no por sus nombres (habiendo sido éstos olvidados) sino de manera anónima y colectiva, primero por sus funciones pasadas [*ojer u tiniente dyos, ojer qajawxelab*: “*tinientes* y *qajawxelab* de antes”] y sus lugares de descanso —“recorriendo” los cementerios del pueblo y los de las aldeas—, y segundo por los tipos de muerte que padecieron.

Resulta verdaderamente fascinante oír estos discursos que expresan la voluntad de reunir y juntar a todos los muertos sin excepción, incluso a aquellos que vieron interrumpido su ciclo normal de vida, no pudiendo llegar a ser antepasados ilustres.

Así, el parlamento nombra a los que murieron estando todavía en la niñez, a los que murieron solteros —o sea antes de volverse *achi* o *ixoq*—, así como aquellos que murieron cumpliendo su servicio militar o en las guerras, a aquellos que fueron asesinados o desaparecidos, así como a aquellos que murieron en la hacienda o en la cárcel... Razones o causas de muerte que son, todas ellas,

⁶ El segmento *k-i'*, emparejado aquí con el segmento *ki-mam* (“sus nietos”), y dado como su exacto sinónimo, no ha podido ser elucidado. Se trata probablemente de una raíz *-i'* [ver por ejemplo *w-i' nu-mam*: “mi(s) nieto(s)"] que no conoce derivaciones nominales o verbales identificadas en Quiché-Achi (¿será una forma arcaica para “nieto de mujer”?).

⁷ Cuya memoria se celebra a diario frente al altar doméstico; cuando ocurre una nueva muerte; al séptimo día, a los 40 días, al año, a los 7, 14 y 21 años de ocurrida ésta; así como en el Día de los Muertos.

consecuencias explícitas de un exceso de autoridad, y que impidieron a esos difuntos acceder a la “ancestralidad,” por así decir, por las vías legítimas (o sea por aquellas en las cuales los cargos rituales forman los hitos).

Aparte de lo que indica la terminología del parentesco, el principio de total identificación que caracteriza el **complejo mam** queda confirmado por lo que llamaré la “institución del *k'exel*” que une, en el nivel comunitario, a los antepasados con los vivos, tal como une a los abuelos y a los nietos en el nivel familiar.

El vocablo *k'ex* abarca diferentes relaciones entre entidades que, por ser distintas, comparten características idénticas. Según los contextos, *k'ex* puede traducirse por “réplica” (p.e. la imagen del espejo), “substituto,” “sucesor,” “imitador.”

Abuelos y nietos, antepasados y vivos se conciben *u-k'exelal*, es decir “idénticos.” El grupo de los nietos, o sea la comunidad de los vivos, es denominado como *u-k'ex wach r-e ri q-ati qa-mam*: “las réplicas, los sucesores, los sustitutos de nuestros abuelos.”

Más allá de la noción de identidad, pero fundada en ella, la institución del *k'exel* conlleva algunas prácticas sociales, tal como la transmisión del nombre, del abuelo paterno al nieto primogénito —práctica aún muy común en Rabinal y en otras comunidades—, y la herencia de la casa y de parcelas de tierra —costumbre que, si bien ha desaparecido en Rabinal, sigue existiendo en otros lugares—. ⁸

* * *

Este postulado de completa identidad entre muertos y vivos, entre los antepasados y la humanidad actual es un factor que nos permite entender perfectamente la permanencia de la tradición, así como sus aspectos cíclicos, repetitivos. Sin embargo, no es suficiente para explicarnos el “por qué,” o sea la finalidad de estas conductas y acciones.

Trataré ahora de esto, desviándome hacia los actos fundadores que la mitología pone en relieve. Expondré aquí tan sólo dos versiones de mito, cortas y resumidas; versiones que, a pesar de narrar historias distintas, nos revelan una misma realidad.

La primera versión dice:

Al comienzo del mundo, nuestros antepasados vivían en las cumbres que rodean el pueblo, allí donde se encuentran las ruinas de Kaqyub. En aquel entonces, el valle estaba cubierto de agua y el mundo estaba oscuro.

*Cuando se secó la laguna, bajaron nuestros antepasados y empezaron a **levantar** la iglesia.*

Sólo cuando fue terminada la obra apareció el sol, y todo se iluminó.

Acabados sus trabajos, nuestros antepasados se enterraron al pie de la iglesia.

La segunda versión cuenta la historia de los Patzka, un grupo de danzantes que acompaña al Divino Sacramento del Altar en la fiesta del Corpus Christi:

Los Patzka vinieron de Jerusalén, viajando bajo la tierra. Llegando aquí [en Rabinal], encontraron al Divino [Sacramento] que estaba sentado, inmóvil, frente a la iglesia. Todo estaba oscuro...

Aunque nadie había logrado llevar al Divino sobre el altar, los Patzka con muchos esfuerzos que

⁸ Por ejemplo en San Andrés Sajcabajá en donde, a pesar de una extrema imprecisión en la transmisión de los apellidos, hemos podido reconstruir largas fases de la ocupación de las tierras gracias a la identificación de las relaciones de *k'axel* (cognado quiché del término *k'exel* de Rabinal), que revelaron la existencia de verdaderos linajes territoriales.

*les causaron grandes enfermedades y bocio, lograron **levantar** al Divino y cumplir con el pedido.
Así fue como apareció el alba primera del mundo y como **se levantó** el sol.
Al ver los Patzka que ya había nacido el día, se enterraron bajo la iglesia.*

De estas dos historias, enfatizaré solamente el argumento central, a saber:

versión 1 los antepasados / levantaron / la iglesia
versión 2 los Patzka / levantaron / al Divino

Lo que se puede enunciar, de manera metafórica, así:

los antepasados / levantaron / el sol

o sea : los MAM / levantaron / a los AJAW

Esta secuencia mítica pone en evidencia el principio dinámico en el cual se funda el orden universal:

1/ la presencia simultánea en un tiempo original de los actores del “complejo mam” y del “complejo ajaw”;

2/ la acción movilizadora de los unos hacia los otros.

Estas acciones primordiales de los antepasados, estos trabajos provocaron sufrimientos —enfermedades, bocio de los Patzka— y muerte: en ambos casos, los antepasados se entierran tras haber cumplido sus hazañas.

Dentro de estas acciones se realiza el primer intercambio entre el sacrificio de los *mam* y las dádivas de los *ajaw*; intercambio que desarrolla, sobre el eje sintagmático, el modelo de las acciones por venir.

Todas estas acciones, que sean materiales (el trabajo de los *achi* para sus *qajawxelab*, o para volverse ellos mismos *qajawxel*), técnicas (los hombres cargando los santos en procesión), o simbólicas (don de plegaría y ofrenda destinado a las potencias tutelares), se desarrollan pues, sobre el eje paradigmático, en tanto que sintagmas derivados.

La identidad postulada dentro del “complejo mam,” y expresada por la noción de *k'exel*, señala de una vez por todas a los vivos, o sea a los hombres [*mam* de sus *mam*, *mam* entre los *mam*], el camino que han de seguir.

Seguir este camino, o como se dice en Rabinal “agarrar las huellas,” consiste en traspasar tres umbrales:

1/ el casamiento, para volverse ACHI;

2/ la acesión, o “entronización,” para volverse AJAW (*qajawxel*);

3/ la muerte, para volverse MAM.

Estas son las principales etapas del ciclo de vida, marcadas por ceremonias importantes que dan origen a parlamentos rituales específicos y la participación de aquellos *tinientes* de especial competencia: los llamados *k'amal be*, los “guías.”

Para concluir esta descripción sucinta, añadiré algunos elementos que me parecen útiles en la caracterización respectiva de los complejos *ajaw* y *mam*. Después del mito que nos señala la necesidad de su co-existencia a la escala cosmológica, quiero subrayar el hecho de que esta co-existencia es también el fundamento de la condición humana.

El hombre maya aparece, por una parte, como el producto de un proceso de reproducción espontánea, natural, que mantiene el permanente relevo dentro de un ciclo ininterrumpido (y que no se puede romper). La imagen metafórica correspondiente que los Rabinaleb ofrecen de este proceso es la de un tronco de donde brotan sin cesar nuevas ramas. Que este tronco fuese cortado o quebrado, se vería substituido por la de una cepa de la cual saldrían inevitablemente nuevos retoños. Tal imagen se expresa por la figura *qa-wixal qa-kutamil*: “nuestra(s) cepa(s) nuestro(s) tronco(s)” que designa a los antepasados.

Por otra parte empero, el hombre maya es concebido como el producto de un hecho “performativo,” decidido, agentivo, que resulta del acto sexual entre “padre” y “madre”; acto que se expresa, en términos floridos, como un acto de siembra. Por eso los hombres se dicen, en referencia a Dios y a las potencias tutelares, *oj tik oj awex*, “nosotros [los] sembrados, nosotros [los] germinados.”

Así pues la humanidad indígena, resultado a la vez de una generación espontánea, de un proceso indestructible, por parte del “complejo mam,” y, en tanto que nacida de la voluntad de los *ajaw*, a merced de una autoridad coyuntural, de un contrato que tiene siempre que renovarse, se ve amenazada por la ruptura, por el cisma que la volvería a confinar al mundo de la oscuridad.

Aquí reside la contradicción, la ambigüedad del destino humano, actuado y perpetuado, sin más alternativa, en los discursos y prácticas rituales de los Quiché-Achi de Rabinal.

* * *

No es éste el lugar ni el momento para detallar las numerosas implicaciones que conlleva esta distinción de tres niveles genealógicos —*achi / ajaw / mam*— como principio estructurador de las etapas del ciclo de vida y de los horizontes del panteón de los Rabinaleb.

Sin embargo, a partir de esta distinción y de la manera a través de la cual el hombre (desde el primer nivel) se sitúa en relación con los otros dos niveles, o más bien dicho en relación con los dos complejos *ajaw* y *mam*, quiero evocar aquí una cuestión general e inevitable.

Aunque mi acercamiento a la religión de los Quiché-Achi de Rabinal se sitúa en el marco de una perspectiva sincrónica, tratándola como si fuera un sistema simbólico e ideológico contemporáneo, no puedo eludir el problema de la historicidad del modelo.

Hemos visto, en particular cuando enumeramos las entidades clasificadas como *ajaw*, que entre ellas se encontraban las de origen europeo —santos, vírgenes, iglesia, cabildo, etc.— al lado de potencias de carácter universal —el sol, el cielo, la tierra...—, sin olvidar las potencias del estado colonial y nacional —hacienda, hospital, cárcel, guerra, servicio militar, gobierno, presidente de la República—.

¿Estaríamos pues frente a una construcción sincrética, nacida de la necesaria co-existencia de antiguas divinidades autóctonas con entidades o potencias importadas e impuestas?

¿Estaríamos otra vez frente a este “*melting pot*” que turba a nuestras disciplinas desde hace tantos años?

Mi hipótesis personal, a la luz del caso expuesto, sería que si hay sincretismo (y es obvio que lo hay), éste no es producto de una re-estructuración autónoma y específica de elementos procedentes de tal o cual coyuntura histórica, sino que es el resultado de una elaboración subsidiaria dentro del cuadro preexistente de una estructura cognoscitiva profunda que se va reproduciendo sobre el eje del tiempo largo.

El ejemplo de *Achi Ajaw* nos proporciona al respecto una interesante indicación: *Achi Ajaw* (“Señor masculino”) y su esposa *Ixoq Ajaw* (“Señor femenino”) designan hoy día a la pareja formada por el Divino Sacramento del Altar y la Virgen del Sacramento —aquel “Divino” que levantaron

los Patzka en el mito antes mencionado y que sin lugar a dudas es la imagen más importante del santoral—.

Ahora bien, estos títulos de *Achi Ajaꝝ* e *Ixoq Ajaꝝ* son los mismos que llevan los dos dignatarios del Kaqyub prehispánico, padre y madre de Rabinal Achí según el texto del famoso baile-drama, o sea Job Toj y su esposa, que están sepultados en la acrópolis del sitio arqueológico que domina el pueblo.

En resumen, se podría decir que el dios y los santos impuestos como nuevas autoridades tutelares por los dominicos españoles, asociados como lo estaban con las nociones de “padre/madre,” de “señor(a),” de “patrón,” enriquecieron “naturalmente,” por así decir, el “complejo ajaꝝ.” Sus cultos no son más que una forma particular de aquellos dedicados a los *ajaꝝ*, es decir cultos de sumisión, de invocación, de sacrificio.

Tocamos aquí otra oposición entre “complejo ajaꝝ” y “complejo mam,” dado que los cultos a los antepasados insisten al contrario en la invitación, la evocación, la conmemoración.

Partiendo de las víctimas anónimas de los últimos años de violencia, encontramos que la oscuridad de los tiempos míticos no es mera imagen, sino visión a la vez empírica y premonitoria de la realidad indígena: la del tiempo largo en el que se inscribe la vida cotidiana y la costumbre, y también la de las coyunturas particulares, o crisis que hunden periódicamente a la sociedad indígena en la incertidumbre y las tinieblas de los tiempos primordiales.

Por supuesto, las crisis y los conflictos afectan a los individuos, a las familias, a las comunidades, y son fuente de terribles traumas de los cuales muchos no se salvan —y queda por hacer el estudio de la capacidad individual de resiliencia en tales contextos— pero, colectivamente e ideológicamente, el sistema de creencias y la ética tradicional ofrecen, por lo menos, una base que permite inscribir estos dramáticos eventos dentro de una visión de la historia en la cual rupturas y continuidad, coyunturas y *longue durée*, autoridad e identidad, heteronimia y autoctonía, *ajaꝝ* y *mam* se encuentran articulados estructuralmente.